—¿Y tu maleta?

Mostré mi saquillo de viaje.

—¿No traes más que eso?

—Nada más.

—¿Luego piensas estar entre nosotros pocos días?

Rompió á llorar. Milagro se acercó.

—Vamos, madre, menos lágrimas. ¡Caramba, no sea usted así! Si Isabel necesita mudarse de ropa interior, camisas, aunque malas, no han de faltarnos.

Milagro hablaba con voz firme y breve; era hermosa y más robusta que yo; bajo los cabellos, brillantes y crespos, aparecía su semblante grueso, tostado por el sol, donde sonreía la boca de labios sangrientos y carnosos. Volví á besarla y luego arremetí á mi madre, restregando mi rostro sobre su cabeza encanecida y triste. Un hombre se acercaba lentamente, balanceándose con el andar desconfiado y cazurro de los campesinos, sobre sus piernas defendidas por zagones de cuero. Mi hermana le llamó:

—¡Justino!

—¿Tu marido?—pregunté.

—Sí.

—¡Ah... nada sabía!...

Justino llegó á nosotras quitándose su ancho sombrero rural; yo le abracé, extrañando la impresión de aquel corpachón cuadrado, tan diferente de los talles, vestidos de frac, que mis brazos conocían. Luego me retiré para examinarle mejor: era alto, la color cobriza, los ojos negros y grandes, la nariz se encorvaba sobre una boca de labios finos, renegridos por el humo del cigarro: vestía blusa corta, faja azul y un pañuelo rojo anudado al cuello. Yo exclamé:

—¿Se parece á padre, verdad?

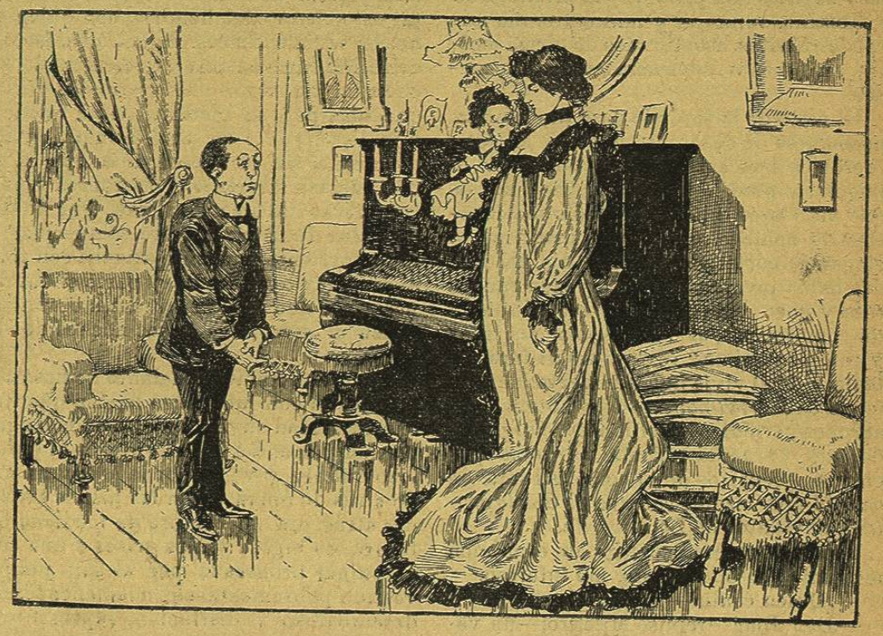
Mi madre repuso:

—Sí, se parece... y nos quiere mucho. Es muy bueno.

Los cuatro nos dirigimos al pueblo, cruzando calles solitarias, cubiertas á trechos por extensos retales de hierba; desde las ventanas algunos ojos curiosos me atisbaban. Al ver mi casa, la casa donde nací, con su pobre fachada de un solo piso y su puerta, un portalón enorme que llegaba hasta cerca del alero, sentí ganas de llorar, recordándome niña: sobre aquel poyo se sentaba mi padre: por la reja de aquella ventana trepábamos mi hermana y yo cual bomberos que corriesen á apagar un incendio: miré á la izquierda; en el fondo de la calle, descollando sobre una tapia vestida de hiedra, asomaba el viejo pino contra el cual yo, por coger piñones, había arrojado tantas piedras...

Dentro de la casa, todo estaba según yo lo dejé la última vez que salí de allí para Sevilla, con mi cartera, repleta de papeles de música, debajo del brazo: la mesa de comer, los cuadros místicos palideciendo entre sus marcos dorados; el antiguo armario de caoba, con sus entrepaños cargados de vieja vajilla pintarrajeada de amarillo y azul. Las habitaciones me parecieron, desde luego, bastante más pequeñas, y trabajillo me costó no creer que el techo fuese más bajo: después corrí á sentarme en la cocina, cerca del pozo, gozando esa inenarrable impresión de frescura y de paz que experimentan los niños al regresar á su casa tras un largo paseo por el sol. Eran las once de la mañana; Milagro y mi madre me dieron de almorzar: el almuerzo fué servido en la misma cocina, ante una ventana desde donde divisábamos gran parte de la huerta: el viento mecía los almendros; en el corral las gallinas, huyendo del calor, reposaban al pie de un frondoso castaño; las flores, sobre las cuales revoleaban algunas abejas, doblaban tristemente sus tallos mustios bajo el sol; la luz incendiaba el espacio. Mi madre comía sin levantar los ojos de su plato, Milagro y Justino se miraban, riendo y besándose con los ojos: yo, de cuando en cuando, rompía el hilo de mis meditaciones para preguntar por personas que ya habían muerto...

Terminado el almuerzo mi madre, creyéndome fatigada, me llevó á mi dormitorio: era la misma habitación donde yo había dormido siendo niña; á la cabecera del lecho continuaba agonizando el Cristo que yo besaba todas las noches antes



Me levanté saliendo del gabinete para volver un momento después con mi muñeca. (Pág. 99)

de acostarme. A cada momento Milagro me interrogaba:

—¿Te acuerdas?

Yo asentía, mirándolo todo sin poder hablar.

Después, mi madre, para demostrarme que allí nadie me había olvidado, abrió el arcón que guardaba los buenos recuerdos de otros tiempos: su traje de boda, un devocionario de su abuelo, un sombrero y una faja de mi padre, y mis camisitas, la cartilla donde aprendí á leer, mis dos primeras muñecas, mi primer par de zapatos; luego aparecieron mis zuecos: aquellos zuecos inolvidables, rellenos de paja, que yo me calzaba para correr detrás de las gallinas...

—¡Alto allá!—exclamé;—esto último es mío.

—¿Cómo?

Expliqué mi manía, porque de tal podía calificarse la adoración idolátrica que tributaba á mis pies: ellos parecían vivir una vida consciente, distinta de la mía; á ratos, como su deseo coincidiese con mi voluntad, me llevaban fácilmente á donde yo anhelaba ir; otras veces, en cambio, su capricho era más fuerte que mis propósitos y me arrastraban por inseguros y torcidos caminos: había, pues, en sus movimientos, algo fatal, invencible, preestablecido como la muerte: yo, convencida de su poder, procuraba halagarles, lavándolos con leche, calzándoles elegantemente, procurándoles el mayor descanso posible: ellos, llevándome y trayéndome eran, en último caso, los únicos responsables de todo lo malo ó bueno que yo hiciese en la vida...

—Creo — añadí — que la historia

mis zapatos compendia toda mi historia.

Justino, su mujer y mi madre, me miraban atónitos, asombrados de oirme emitir seriamente afirmaciones tan absurdas.

El resto de la tarde lo pasé durmiendo: poco antes de cenar, mi madre y Milagro fueron á buscarme para pasear por el pueblo, y presentarme á varias familias que me vieron niña ó que sólo me conocían de nombre. Queriendo justificar la elegancia cortesana de mi traje, mi madre había inventado una leyenda candorosa y poco verosímil: yo era viuda de un comerciante; al verme sola, sin hijos y con poquísimas rentas, me dediqué al baile y de él vivía honradamente: de este modo daba viso honesto á la noticia, que algunos periódicos sevillanos divulgaron, de que yo andaba dando piruetas por ciertos escenarios de la corte. Al salir de casa oí una voz que cantaba el *Spirto gentile* inolvidable de *La Favorita*.

Aquel inesperado rasgo de erudición musical y de buen gusto me interesó.

—¿Quién canta?—pregunté.

—Don Juan—repuso Milagro;—un vecino que está loco. El pobrecillo ya es viejo: en sus mocedades estuvo casado con una tiple de ópera, que huyó con el tenor de su compañía. Don Juan, que la adoraba y era rico, se dedicó á seguirla, limitándose á verla desde el patio de butacas, y persiguiéndola de ciudad en ciudad, ha recorrido todo el mundo.

Aquella historia que mi hermana refería sin emoción, me impresionó poderosamente y continué escuchando, obligando á mi familia á escuchar también. Don Juan cantaba con voz robusta y serena que llenaba el silencio de la tarde, y á ratos, en virtud de inexplicables humorismos que tal vez adquirió con la costumbre de ocultar sus dolores, interpolaba en el curso de la melodía doliente toques de corneta ó bufonescos redobles de tambor. Milagro me refirió otros varios pormenores relativos á la historia y costumbres de aquel extraño personaje. Su mujer había muerto en una ciudad italiana, y don Juan, para despedirse de ella y besar su cadáver, hubo de solicitar este favor del hombre con quien su mujer vivía entonces. Aquella catástrofe coincidió con su ruina y determinó su locura: un tío suyo, único pariente que le quedaba, por no meterle en un manicomio, le volvió á su pueblo natal, y allí vivía solo, sin otra compañía que la de una anciana sirviente, con fueros y prerrogativas de ama de llaves. Por lo demás, don Juan era hombre campechano y muy corriente, que simpatizaba con todo el mundo y tomaba activa parte en las diversiones que algunos vecinos organizaban al aire libre en las noches de verano.

Don Juan habitaba delante de nosotros una casita con un largo balcón que una excentricidad suya convirtió en conejera. Cuando salimos á la calle vimos al pobre loco que iba y venía por la acera cantando aires de ópera y con las manos cruzadas atrás: era un hombre de mediana estatura, de bigote y ojos grises y una calva vulgar bronceada por el sol; aunque vestido pobremente, sus ademanes tenían desembarazo y distinción; representaba cincuenta años. Al vernos se detuvo, dando á su busto actitud respetuosa y galante. Milagro me presentó á él.

—Mi hermana Isabel.

—Señorita...

Inclinóse más aún, con apresuramiento exagerado, poniendo su mondo cráneo á la altura de mi cintura.

—Aquí tienes á don Juan, el mejor baritono... ¿no se llama así?... de treinta leguas á la redonda: ha viajado por todo el mundo y conoce á los mejores artistas europeos. ¿No es cierto, don Juan?... Isabel también es artista, de esas que andan por los teatros... ¡pero, de las buenas!...

El acento de mi hermana era zumbón; don Juan, siempre cuadrado militarmente delante de mí, volvió á inclinarse, sin sonreir; sus ojos adquirieron una leve expresión de tristeza: parecía avergonzado de hallarse allí, tan caído, en medio de aquellos patanes que se burlaban de él.

Después, colocada entre mi hermana y mi madre, que no cesaban de hablarme, hice varias visitas; al pasar por delante de algunas tabernas, los mozos allí reunidos dejaban de hablar para examinarme: yo sonreía distraída, mirando al espacio, holgándome de despertar tanta curiosidad. En todas las casas adonde fuimos, nos recibieron muy bien; algunas muchachas, más jóvenes que yo, tocaron la guitarra en honor mío; después me invitaron á vino y á frutas y me enseñaron sus huertas, explicándome el nombre de los árboles y cogiendo hermosas flores con que adornaron mi pecho y mis cabellos: caminábamos cogidas del talle y yo reía con ellas, pero sin participar de su ingenua alegría, poseída de una nostalgia muy dulce. Todas preguntaban:

—¿Estará usted mucho tiempo aquí?

Mi madre me miraba con sus ojos húmedos, ensombrecidos por la costumbre del llanto, pidiéndome una respuesta consoladora: yo volvía á reir tristemente, comprendiendo que aquella realidad venturosa y serena, no vencería los hábitos aventureros de un pasado demasiado largo. En la virtud perfecta, como en el libertinaje desenfrenado, las almas desequilibradas se ahogan, y aquel círculo de rostros ingenuos, llegó á oprimirme la garganta.

—No sé—repuse evasivamente,—no sé... De todos modos, cuando me vaya será para volver muy pronto...

En el cielo, de un fuerte color azul obscuro, comenzaban á brillar algunas estrellas; mirándolas, suspiré; recordaba mis amores con Perico Francos y el aspecto de aquel solar sobre el cual el crepúsculo de la tarde encendía un lucero.

—¿Qué hará Pedro?—murmuré.

Regresamos á casa ya de noche; Justino, que había salido á buscarnos, nos acompañó; él y mi hermana caminaban delante; yo pensaba que, á no haber salido de allí, ya estaría casada y con hijos, acaso feliz: algunos perros ladraban en la lejanía silenciosa del campo, la brisa murmuraba en las hojas inquietas de los álamos plateados por la luna; sobre la paz augusta del pueblo dormido se alzaba la voz del loco, cantando trozos de ópera interrumpidos con toques de corneta y redobles grotescos de tambor; oración ridícula, profana y mística á la vez, rezada sobre los recuerdos, tristes como cenizas, de su gran pasión muerta.

Por la noche me acosté temprano y dormí tranquilamente; á la mañana siguiente mi madre y yo fuimos á la iglesia; en el trayecto encontré varias condiscípulas de colegio que, habiéndome reconocido, corrieron á saludarme con efusión conmovedora.

El templo era un edificio vetusto, con suelos de ladrillo, paredes enjalbegadas y techo de madera renegrido por los años, el polvo y el humo de los incensarios; entre los intercolumnios hábilmente simulados en la línea general de los muros, había algunos cuadros cuyas figuras parecían brochazos amarillentos sobre el hollín de los viejos lienzos; al fondo, enfrente del coro, el altar elevaba su mole sencilla; una lámpara de plata, suspendida en el comedio de la nave inmensa, contradecía á Galileo, trayéndonos con su inmovilidad la impresión de que el mundo está quieto; los confesonarios pintaban sobre el blanco de la pared manchas negras; los Reyes Magos adoraban á Jesús en un hermoso rosetón de cristales multicolores...

Mi madre rezaba, puesta de hinojos sobre el primer peldaño del altar; yo, en pie, como sobre una torre, abarcaba de una mirada toda mi historia: lo que era, lo que fuí, lo que había de ser. ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy?... En aquella iglesia me bautizaron; la pila bautismal estaba allí, á la izquierda, guardando en su panza de mármol el agua con que la fe lava las culpas; allí celebré la primera comunión y escuché vestida de blanco, mi primera misa. ¿Y luego, más adelante, dentro de algunos años, cuando mis ojos se hubiesen cerrado á la luz?... Me aterraba la idea de cruzar por el mundo sin dejar rastro de mí, como resbalan las ficciones de la luz por el cristal de los espejos. Yo moriría y la iglesia quedaría allí, con su nave bajo la cual las volutas

soñadoras del incienso se aplastan, y su suelo de ladrillo sobre el cual el temor de la suprema justicia ha doblado tantas generaciones de rodillas pecadoras... ¿Qué camino lleva más derechamente á la virtud? ¿El de la castidad y el ascetismo que buscan la paz moral en la ignorancia, ó el del vicio, que es dolor, guiando al arrepentimiento por el declive rápido de la desilusión y del cansancio?...

Un leve ruido de pasos me hizo volver la cabeza; era don Joaquín, el cura; mi madre se levantó también, santiguándose.

—Buenos días, don Joaquín... Vea usted á mi niña, á mi Isabel... ¿No se acuerda usted de ella?

El cura, luego de contemplarme unos instantes, repuso:

—¿Cómo no?

Y me alargó la mano; una mano de cera, blanca y fría, que yo estreché turbada. Era un viejecillo sesentón, menudo de cuerpo y delgado; sus cabellos blancos tenían la melancolía de las nevadas; él me vió nacer; sus ojos azules, de un azul claro, parecían sondearme, preguntándome por la pureza que sus manos me dieron sobre la pila bautismal...

Hablamos de todo y hablamos mucho: él lamentó su pobreza extrema y el mal estado de aquella iglesia donde celebró misa durante cuarenta años; la nave estaba plegada de goteras, la torre en ruinas, una de las campanas rota y sin badajo.

—Esto—añadió—no tiene remedio; el Ayuntamiento nunca tiene dinero y mis fieles, desgraciadamente, son tan pobres como yo...

Según hablaba la depresión que implica toda súplica, iba dulzurando su voz y dando á sus ojos, antes acusadores y curiosos, expresión dócil y jeremíaca. Diríase que, adivinándome rica, solicitaba algo de mí. Súbitamente me asaltó una inspiración que más tarde me ha proporcionado muchos ratos buenos: hacer una iglesia... El cura movió á un lado y otro su cabeza blanca, en señal de duda.

—Eso—dijo—cuesta mucho.

—¿Cuánto?

—¡Oh, no sé! Así, á bulto, no puedo calcularlo... Una iglesia, por pequeña que sea, es inmensamente mayor que una casa: lo mejor, por tanto, sería pensar en ir restaurando la que tenemos.

Después cambiamos de conversación, procurando don Joaquín penetrar en mi pasado con hábiles preguntas. Bajo su exterior suave, adiviné al fanático; yo, aunque sin propósito de molestarle, encomié el buen curso de mis negocios; la afición al baile aumentaba y los empresarios de teatros ofrecían de año en año contratas mejores. Preguntóme don Joaquín si de mi matrimonio me habían quedado hijos, y como mi contestación fuese negativa, pareció entristecerse, recordando quizá su vejez solitaria arrastrándose bajo la techumbre del templo en ruinas. Su pena logró emocionarme; los curas viejos y virtuosos, me inspiran gran compasión. Los sacerdotes son como ramas cortadas, caídas en el polvo, á quienes la sombra irritada de su padre pregunta: ¿Qué fué de mi apellido? ¿Cómo dejaste que mi sangre se esterilizase en tu cuerpo inútil? ¿Qué hiciste de los nietos á quienes debiste enseñar mi nombre?... Y don Joaquín debía de escuchar aquella voz acusadora cuando sus manos misericordiosas se abrían sobre la cabeza de los recién nacidos.

Permanecí en mi pueblo ocho días más, renovando amistades de la infancia y reviviendo escenas olvidadas: todos, hombres y mujeres, me trataban con solicitud y respeto conmovedores; las más virtuosas, vencidas por la autoridad del dinero ó por la leyenda con que mi madre había disfrazado mi historia, solicitaron mi saludo; organizáronse en honor mío dos giras campestres.

Una noche fuí presentada por don Joaquín á don Toribio, el alcalde, que ya no recordaba de mí, pero que fué gran amigo de mi padre, y yo expuse mis deseos de regalar al pueblo una iglesia nueva: para levantarla no repararía en gastos; de todos modos calculaba que, con sesenta ó setenta mil duros habría bastante: don Joaquín y don Toribio quedaban encargados de buscar sitio idóneo para la erección del edificio, y ellos cuidarían de administrar prudentemente el dinero que yo fuese remitiéndoles y de vigilar las obras. Al día siguiente domingo, don Joaquín habló á sus fieles desde el púlpito de mí, recomendando mi mucha devoción y virtud, presentándome como espejo de damas devotas, é invitando á las muchachas que distraen su mocedad con noviazgos y diversiones de poco momento, á imitar mi conducta. Oyendo á don Joaquín, Milagro y mi madre lloraban.

Por la noche anuncié á mi familia mi próximo viaje: aquella tarde había recibido carta del marqués de Lágaro; una carta muy cariñosa, rogándome no le dejase solo mucho tiempo. En pocas palabras y para templar el dolor de la separación, demostré á los míos la conveniencia de no reñir con aquel hombre de cuyas generosidades y buen afecto tenía recibidas pruebas innúmeras; y pues todos viviríamos de él, todos debían ayudarme á conservarle. Mis visitas á Gabriela y á mi tía Rosario, que se mudó nadie sabía dónde, las aplacé para mejor ocasión. Al día siguiente, después de almorzar, Justino, Milagro y mi madre, me acompañaron al mesón donde había de subir á la diligencia que pasaba, camino de Sevilla, á las cuatro y media: de todos me despedí llorando; al subir al vehículo, deslicé entre las manos trémulas de mi madre, un billete de cien pesetas: don Toribio el alcalde, y otras varias personas que tuvieron la bondad de salir á despedirme, me saludaban agitando sus pañuelos; don Joaquín, conmovido, balanceaba sobre su cabeza blanca su sombrero de teja.

—Adiós, hija mía..., adiós, Isabel...

—Buen viaje.

—¡Adiós todos!.. Hasta la vuelta...

Yo saludaba moviendo las dos manos, y aun guardo la impresión de aquella escena: á un lado el parador, con su techo puntiagudo y sus paredes blancas, y cerca de él, enmedio del polvoriento camino que la diligencia iba dejando atrás, un grupo de mujeres y de hombres, que agitaban los brazos; la negra sotana del cura, el chaquetón gris del alcalde y el percal de los trajes femeninos, faldas azules, pañuelos amarillos y rojos, todo apiñado, como las flores en un ramillete. Yo me alejaba llevándome la dulce seguridad de que todos me creían buena. Por la noche, en el tren, recordando á mi madre pensaba como muchos años antes: «Ahora, la pobre de mi alma, estará durmiendo; ahora no sufre...»

Y luego rendía el ánimo á la generosa ilusión de mi nuevo proyecto: veía el pueblo reposando entre sus bosquecillos de álamos y la iglesia, aquella iglesia obra mía, cuyas campanas don Joaquín echaría á vuelo siempre que yo volviese allí, perpetuando mi nombre al levantar bajo el azul inmenso su torre de ladrillo...